
**LA
UNIVERSIDAD
QUE
NECESITAMOS**

Juan Gómez Millas

Durante los años finales de la década del sesenta, casi todas las universidades cayeron en un estado de estupefacción. La gente se preguntaba acerca del sentido que podía tener lo que ocurría en ellas. ¿Cuál era su derrotero? ¿Cuál el significado de su rebelión? La respuesta, en la mayoría de los casos, fueron contradictorias.

Estudiosos de la naturaleza, del arte, de la literatura o de la historia, de la administración o de la economía, se pusieron a indagar acerca de los posibles antecedentes de lo que se denominó la Crisis de las Universidades. Puestos en ese camino, algunos recurrieron a la historia para rastrear antecedentes o adquirir la experiencia que podrían proporcionar sucesos similares ocurridos en otros momentos culturales. Acuciosos cuadros estadísticos aparecieron; fueron recordadas las formas de la vida familiar, se examinaron las motivaciones políticas eventuales; pero la pregunta se mantenía: ¿cuáles eran los puntos y temas decisivos para lograr una interpretación del significado de los hechos y del ardor con que eran ejecutados? Recuerdo una entrevista que sostuve por aquellos días con un inteligente estudiante que volvía de Alemania. Le pregunté, ¿qué es lo que Uds. buscan? Contestó: "Nada". —¿Qué situación entonces es la que desean crear?— Contestó: "El máximo de entropía, porque sólo el máximo de desorden permitirá que aparezca el nuevo orden". —Pregunté: ¿Qué medios usarán para lograr el máximo del desorden?— Respondió: "Todos aquellos que nos proporcionen la naturaleza y el establishment".

Gran número de investigadores se daba cuenta que una explicación satisfactoria no aparecía; no se percibía una relación equilibrada de causa y efecto. Se constataba que la pasión que envolvía los hechos era mucho mayor que

los motivos aparentes que la causaban. Por otra parte, en frecuentes ocasiones, las entrevistas revelaban que el impulso hacia determinadas acciones provenía de una escasa minoría de estudiantes y que tampoco contaba con apoyo general ciudadano. Esto no era lo que más extrañaba. La experiencia político-social mostraba que los acontecimientos más importantes que podrían interesar a las masas no eran el producto de mayorías, sino de minorías capaces de decisión y acción.

¿Se trataba, por acaso, de una crisis parcial o total que comprometía a toda la sociedad occidental? Tampoco la respuesta fue clara. Ocurría que los acontecimientos se manifestaban en Occidente y también en países dominados por otras culturas. En estas últimas, las quebraduras en las universidades eran más fuertes en las instituciones de modelo occidental que en otras, por ejemplo, en el Japón. La violencia apareció más fuerte a medida que mayor fue el intento americano de americanizar valores esenciales de la tradición cultural japonesa.

La explicación más fácil fue aplicarles a esos acontecimientos la idea de Ortega y Gasset "la rebelión de las masas", en el caso de las "masas juveniles". La Universidad había llegado a ser una institución de masas; en ciertos aspectos, lo que Clark Kerr definió como "multiversidad". La idea no conjugó bien con la realidad, ya que en numerosos casos se podían detectar procesos de rebelión entre los miembros de la élite, tal vez no tanto en sus características violentas, pero sí en las posiciones críticas y en la simpatía con que fueron acogidas por muchos intelectuales las rebeliones juveniles.

¿Qué razones tenía una parte de la élite de participar en el espíritu de la rebelión? ¿Eran motivos de descontento insubsanables que exigieran ahondar la crisis? ¿Qué aspectos de la tarea universitaria eran profundamente insatisfactorios? ¿O es que la imagen global de la vida universitaria estaba completamente empañada y que, prescindiendo de circunstancias ocasionales y políticas, la vida de la Universidad se iba convirtiendo en el centro más visible de profundas e insuperables contradicciones internas, que a la vez representaban deterioros graves de la sociedad establecida? Parecía indudable que ambos cuadros, el interno y el externo a la Universidad, creaban síndromes patológicos individuales y colectivos persistentes hasta convertirse en estados crónicos. Entonces es lícito pensar que la rebelión, más que la búsqueda de un ideal de vida, fue una respuesta al terror que inspiraba la posibilidad cercana de tener

que vivir en el ocaso de una cultura. La imagen del presente es iluminada por los recuerdos del pasado y las situaciones similares adquieren los contornos de una profecía por cumplirse. Viene a la memoria "El Ocaso de la Edad Media", de Huizinga, o "El hombre enfermo", de Egon Friedal.

Es comprensible que al perderse un modelo de perfección, el hombre se sienta solo y abandonado. ¿Cómo podría andar solo en un mundo que desconoce y se encuentra más allá de su experiencia? Repetirá, sin quererlo, la frase del Dante: "En medio del camino de la vida encontréme de pronto en una selva oscura, agreste y sin vereda conocida".

La idea de una Universidad modelo tiene mucho de común con un ideal de vida y con vigencia de valores que concedan a la búsqueda de la verdad un sentido de plenitud en que se realiza aquella forma de existencia preferida. Las vidas ejemplares que podían concurrir a las mentes juveniles, eran las de los héroes creadores de los mejores signos de la cultura. Leerlos y estudiar sus vidas ya significaba un choque violento con el presente. Ellos sabían que si leían a los clásicos se harían rebeldes y si intentaban imitar a los héroes serían culpables.

La masificación de la Universidad no es la consecuencia del aumento cuantitativo de las cohortes juveniles, sino más bien de la presión social que ve en la carrera profesional superior el mejor vehículo de movilidad social y de ascenso. Para un grupo más reducido, de pensamiento más elevado, es una oportunidad de participar en el desarrollo de la humanidad, en especial en la esfera del conocimiento. Ellos piensan que si el conocimiento forma parte principal del motor que guía, la elaboración de sus tareas es una forma de ennoblecimiento y de dignidad superior. En cierto modo, esta participación es equivalente a la que las constituciones democráticas otorgan a los ciudadanos mediante el sufragio universal para convencerlos de que de alguna manera construyen y deciden acerca del destino de la comunidad. Es muy difícil que un movimiento político moderno olvide manipular esta simbólica adhesión a la soberanía popular.

El conocimiento de las pequeñas cosas, como de las mayores, ha llegado a ser, debido a los avances de la investigación y de la especialización, un tejido tan espeso que el sentido de su integridad y de su unidad desaparecen. Sin embargo, en la conciencia del estudioso siguen planteándose hoy, como ayer, los temas de la unidad de las ciencias, los de la multidis-

ciplinariedad y transdisciplinariedad que requieren el avance del conocimiento y su comprensión filosófica.

Lo dicho nos lleva a constatar la existencia de una cuestión básica y dramática: en la historia de las culturas siempre llega el momento en que ella misma reclama una meditación metafísica para sobrevivir y para que todo lo elaborado en ella retome el sentido pleno de vida que renueve, rejuvenezca su capacidad de proseguir, la aleje del anquilosamiento y de la cristalización. Ese es el momento de la "Summas".

En ese momento el vigor de la cultura adquiere forma, es clara su coherencia interna; las contradicciones que en el tiempo se han acumulado son eliminadas y sus más venerables mitos se derrumban. La verdad esencial válida para esa cultura surge en la conciencia de toda la comunidad cultural como un consenso pleno de racionalidad y justificación. Es entonces cuando el sabio y el iletrado pueden gozar de una tragedia de Esquilo, de Sófocles, de Shakespeare o de Goethe. La cultura se expresa en un "sentido común".

La Universidad que hoy necesita la cultura de Occidente y de América Latina, si es que ella forma parte de esa cultura, es una comunidad de tradición y de tarea, capaz de decidir con plena libertad la verdad que reconozca. La formación de profesionales sería entonces labor de Escuelas o Centros de Educación superior con la capacidad científico-tecnológica suficiente e información cuantitativa y cualitativa para satisfacer las necesidades del país. De ellas surgirían también élites capaces de tratar los problemas que genera, como diría Platón, "Poros" y "Penia", la necesidad y el ingenio.

Una observación fría de la realidad indica que esta separación es el camino por el cual ya se ha comenzado a marchar, a pasitos cortos, en muchos centros del saber y de la educación: separación entre títulos profesionales y grados académicos; introducción de estudios generales previos a los profesionales; influencia cada día mayor de entidades profesionales en la programación y control de los estudios respectivos; entrenamiento en servicio; influencia sostenida de las empresas en los estudios o participación creciente en programas formativos. Aumento de la influencia del "complex industrial-social".

Los años venideros verán nacer la Universidad elitista, formadora de una élite sensible a los grandes temas de la cultura. Si esto no ocurre, las próximas generaciones contemplarán los derrumbes que preceden al final de algunas culturas hoy dominantes.